

SEGUNDO PREMIO

FÁTIMA

AUTOR: FRANCISCO ÁLVAREZ LÓPEZ

Habiendo comenzado mis estudios y por consiguiente parte de mi educación en un internado de monjas, a la edad de cinco años, siempre había creído que para ir al cielo era imprescindible ser cristiano. Pero ahora, superados los sesenta he visto y comprobado fehacientemente que ese no era un requisito indispensable.

La historia se remonta un año y medio atrás, cuando conocí a un muchacho llamado Soufián. Era una tarde del mes de abril cuando los últimos rayos de sol se colaban furtivamente por las cristaleras de la oficina. Casi no percibí su entrada porque apenas se dejaba notar, pidiendo perdón por si molestaba. Me pareció un joven educado y respetuoso, cosa que más tarde pude constatar. Venía a pagar el seguro de su coche, un pequeño utilitario con muchos años encima y algo desvencijado. Una vez que hubo salido, Pilar, la jefa, me puso un poco al tanto sobre el muchacho. Era un chico marroquí que rondaba la treintena y llevaba viviendo en el pueblo desde hacía unos diez años. Un joven, como dije, amable, de buenos modales y alegre, pero que últimamente se le veía triste porque su madre, llamada Fátima, no se encontraba bien de salud. Había dejado de trabajar para estar todo el día al cuidado de la misma. Al día siguiente tenía que llevarla a París, donde residía su hermana, para que le siguieran el tratamiento de un cáncer de pecho que previamente había comenzado en Marruecos.

Con ese coche que tiene, es una temeridad el viaje, me dijo Pilar. Deberíamos llevarlo a reparar al taller de nuestro amigo Curiel. Ahora mismo llamo y le acompaño. Que se lo revisen bien de dirección, ruedas y frenos. Ah, y llénale el depósito, que seguro que estará en la reserva. Así cumplimenté la orden de Pilar a regañadientes de Soufián, porque alegaba no tener dinero para la reparación.

No te preocupes por eso, en estos momentos. Lo importante es poder viajar con ciertas garantías. Si algún día puedes, me lo reembolsas le dijo Pilar. Pero de cualquier forma, no hace falta que me lo des a mí personalmente porque me sentiré pagada si le puedes devolver el favor a cualquier otro que lo necesite.

Los días en el pueblo se sucedían con la monotonía acostumbrada de un típico pueblo castellano, sin mayores sobresaltos. El agua del Carrión

XIII DP 2016
CONCURSO DE RELATOS

seguía su curso y lo mismo sucedía en el Canal de Castilla, los conejos corriendo por el campo junto a los topillos y la gente dedicada a sus quehaceres diarios.

Ángel, el cura párroco, había creado un grupo de voluntarios para ayudar a los múltiples necesitados del pueblo. Personas con problemas económicos y sociales, que siempre hay más de los deseados. Familias desestructuradas, individuos en paro, desahucios en ciernes, recibos de luz impagados, necesidad de alimentos, etc....

Pilar y yo nos unimos al grupo y cada quince días teníamos una reunión en el salón parroquial para comentar y tratar de solventar los casos pendientes y los nuevos que siempre se presentaban. El primer problema que llevamos a la junta fue la necesidad de una silla doble de paseo y una cuna para los gemelos que iba a tener de forma inminente un matrimonio que vivía al lado de la oficina. Matilde, una voluntaria del grupo enseguida se ofreció dando una solución y consiguiendo lo solicitado. Gran mérito el de Matilde porque en esos momentos también se encontraba en paro. Pero con el ánimo que le caracterizaba y el espíritu emprendedor que tenía, muy pronto empezó a trabajar de nuevo. Indudablemente recibió una merecida recompensa por su predisposición a la ayuda desinteresada.

Hacía tiempo que no sabíamos de Fátima y Soufián, cuando de forma inesperada aparecen de nuevo con Rizlan, hija y hermana respectivamente. Otro problema se había presentado y naturalmente debíamos implicarnos, pues inevitablemente le habíamos cogido un cariño especial a esta familia. Karima, la hermana de Fátima les había dicho que debido a la ayuda social que estaba recibiendo, no podían seguir residiendo en su vivienda, por lo que era preciso que buscaran una casa de alquiler. Cosa, por otra parte harto difícil, pues su capacidad económica era sumamente escasa. Así pues, nuevamente conseguimos solventar su perentoria situación. Pilar los empadronaría en su casa y a Fátima se le hizo un contrato laboral como empleada de hogar, cumplimentando todos los requisitos administrativos. De esta forma, su situación a partir de este momento resultaría más estable y tranquila pues en caso de necesitar tratamiento médico en España, ese tema tan importante, lo tendría resuelto a partir de ahora.

Un año entero pasamos con relativa calma, pero cuando a Fátima le iba a cumplir su contrato laboral, la tuvieron que ingresar en el hospital y esta vez la cosa parecía seria. Sus padres, que residían en Francia, vinieron a su lado pues el diagnóstico era fatídico. Al poco tiempo la trasladaron a otro centro para ingresar en la planta de paliativos, lo cual significaba que el fatal desenlace era cuestión de días.

XIII DP 2016
CONCURSO DE RELATOS

A Soufián le costaba admitir la dura realidad, pero había que asumirla. Nos pusimos en contacto con la asistenta social para tratar de disponer el futuro traslado a Marruecos cuando sucediera el óbito. Contactamos con una funeraria y el presupuesto ascendía a seis mil euros, lo cual nos pareció mucho para nuestra precaria economía.

Empezamos a movilizar a todos los amigos incluido Ángel, el cura, lo cual nos supuso algo de apuro en principio pues se trataba de una mujer musulmana, pero una vez más pudimos comprobar su entereza moral, porque con una gran sonrisa nos dijo: Le llamamos de forma distinta, pero todos somos hijos del mismo Dios. Contad con mi aportación personal. Con pocos más pudimos contar, pero al final esa cuestión también se nos arregló, pues hablamos con el Cónsul de Marruecos en Bilbao, el cual se hizo cargo por completo del traslado, que por cierto resultó ser la mitad de costoso en otra funeraria.

Era mediodía cuando recibí una llamada de Soufián diciendo que su madre quería verme. Me puse en camino y en pocos minutos estaba en la habitación, donde me llamó la atención un olor a rosas frescas que no vi por ningún lado. Pregunté por aquel olor y nadie me supo responder porque nadie había perfumado la sala aunque todos percibían y comentaban aquella repentina fragancia tan agradable.

Encontré a Fátima calmada pero sin fuerzas apenas para hablar. Cogí su mano derecha entre las mías. Me dijo que estaba viendo a sus familiares fallecidos a través de la ventana, como le sonreían y extendían los brazos para recibirla en una extensa pradera tapizada de verde, con árboles de todo tipo, flores multicolores y arroyos de aguas transparentes que producían deliciosos sonidos acompañando el dulce canto de los pájaros, como había leído en el Corán.

Vete tranquila con ellos y acuérdate de nosotros cuando estés en el paraíso, le dije. Entornó los ojos, dibujó en su rostro una plácida sonrisa y nos dejó embargados de una paz indescriptible.

A la mañana siguiente y a eso de las once y media, fui al bar Oscar a tomar mi preceptivo café y leer las noticias del día en el periódico que amablemente me tenía reservado siempre Aníbal, el dueño del local.

Me encontré con mi amigo Martín, hombre de carácter alegre, extrovertido y optimista, pero que esta vez me pareció ver en su semblante una ligera tristeza. No llego a Navidades, me dijo. Necesito urgentemente un trasplante y dudo que me lo hagan. Ten confianza, Martín. Conozco a una señora que está muy bien situada. Hoy mismo hablo con ella y seguro que te ayudará.

XIII DP 2016
CONCURSO DE RELATOS

Los agnósticos dirán que fue pura casualidad, pero lo cierto es que aquella misma noche llamaron a Martín del hospital de Valdecilla. Tenían dos pulmones dispuestos para él. La operación fue un éxito rotundo y a los quince días estábamos de nuevo juntos tomando nuestro café. Me preguntó por la señora para agradecerle el favor pero me negué a contarle toda la historia, que por otra parte creo que nunca hubiera creído, así que solo se me ocurrió decirle: Levanta la vista al cielo, reza algo si es que sabes y repite conmigo: “GRACIAS FÁTIMA”.

Nota del autor.- Esta es la historia real de Fátima El Marrhadi. Una mujer nacida el uno de enero de mil novecientos cincuenta y siete en la ciudad Marroquí de Oujda y fallecida en la española de Palencia, el dieciocho de noviembre de dos mil quince. Sin lugar a dudas, una santa. D.E.P.